

21 DE DICIEMBRE.

Arco de Constantino.—Iglesia de San Clemente.—Antigüedad, forma primitiva.—El Cónsul Flavio-Clemente.—El pobre paralítico.—Bibliotecas.—Libreros.—Mendigos.—Rasgos de costumbres.

Los huesos de San Ignacio, recogidos con respeto por los hermanos que le ha-

ciudad pagana que había hecho de él su morada favorita, debemos decir que el día no bastaba para aquellos espectáculos, y que se les prolongaba durante la noche (a). El Coliseo se iluminaba con innumerables antorchas, y las escenas de carnicería volvían á empezar, continuaban, y se prolongaban durante dos, tres y hasta cinco días y cinco noches, sin interrupción (b). Se comía en el anfiteatro: los senadores, los caballeros romanos, las matronas mismas, convirtiéndose en gladiadores, bajaban á la arena, y el peligro que corrían estos nobles combatientes, redoblaba el placer de los espectadores. A los combates de tierra sucedían las batallas navales. Un día se vió la arena llena, no de agua, sino de vino, y en ella treinta y seis cocodrilos y con muchos hipopótamos que lucharon con los gladiadores subidos en barcos (c). Se ha calculado que aquel pueblo, rey del mundo pagano, pasaba casi dos terceras partes del año, en el teatro, en el anfiteatro y en el circo. Ahora se comprende toda la verdad de aquella degradante divisa, resumen de su vida: *Duas tantum res anxius optat, panem et circenses*. "Solo dos cosas desea con ansia; pan y Circo."

En cuanto á su furor por los espectáculos sangrientos, los siguientes pormenores agregados á los que preceden, podrán dar de él una débil idea. Los romanos no podían pasarse sin los combates de gladiadores, y por eso edificaron anfiteatros en todas las ciudades importantes del imperio, y los introdujeron hasta en sus festines, á donde corrían sin duda con más ardor que á los comicios mismos. (Strab., V, pág. 121). Siendo cónsul Ciceron, se vió obligado á dar una ley que hacía inhábil para candidato á aquel que ántes de las elecciones hubiese prometido al pueblo un presente de gladiadores: ¡tan seguro así era conseguir los votos haciendo semejante promesa! Los triunfadores, los ediles, los principales magistrados, los ricos ciudadanos, y sobre todo los

(a) Venationes, gladiatoresque noctibus ad lychnychos dedit: nec virorum modo pugnas, sed et feminarum Suet. in Domitian.; Xipil. in id.; Statius in Sylvis etc.

(b) Cicer., Epist. famil. VIII, 1; Spartian., Hadrian., 7.

(c) Solin., 34, Dio, LV, p. 635.

bian acompañado desde el Oriente, fueron llevados por ellos y en triunfo á Antioquía. Más tarde fueron trasladados á Roma, y depositados en la venerable iglesia de San Clemente, situada á algunos pasos del anfiteatro. A fin de completar nuestras impresiones de la víspera, fuimos á rendir nuestros homenajes á aquellos restos tantas veces venerables. Delante de nosotros se encontraron de nuevo el Co-

emperadores, para ser agradables al pueblo, miraban como un deber proporcionar gladiadores. Se dieron primero cincuenta pares; luego, trescientos y despues setecientos. Trajano dió diez mil; y no pueden contarse los que dieron Tito, Donaciano y Helio-gábalo. Algunos de aquellos monstruos coronados tenían tal pasión por aquellas horribles fiestas, que desde por la mañana bajaban al anfiteatro; y á mediodía, cuando el pueblo se retiraba á comer, ellos se quedaban en su lugar, y á falta de gladiadores designados, hacían combatir á los primeros que llegaban. (Suet. in Claud.). Julio César no se avergonzó de ser el Lanista del pueblo romano, y mantenía á sus expensas una escuela de gladiadores. (Suet. Cæs., 26). Augusto adoptó esa institución, y los emperadores poseyeron gladiadores siempre prontos á combatir, á petición del pueblo. (Mart., de Spect. 22). Nunca hubieran podido bastar los prisioneros de guerra, los malhechores, ni los esclavos fugitivos, para aquel espantoso consumo de víctimas humanas, y entonces los cristianos se encontraron á propósito para suplirlos. Júzguese de la inmensidad de aquellas carnicerías prolongadas durante más de trescientos años, por el número de animales llevados á la arena. Llegaban por millares, y sucesivamente de todas las partes del mundo, los osos, los leopardos, los rinocerontes, los toros salvajes. Scipion Nasica y P. Léntulo hicieron aparecer en sus juegos 60 panteras y otros cuarenta animales, entre osos, como elefantes. (Tit-Liv., 44, 18). Scauro dió 150 panteras; Sylla 100 leones de melena; Pompeyo 600 leones, y de ellos 315 con melena, 410 panteras y 20 elefantes; César 400 leones; Drusso, 20 elefantes; Servilio, 300 osos y otras tantas fieras africanas; Tito, 5,000 fieras en un día; Trajano, 10,000 durante los juegos; Domiciano, 1,000 avestruces, 1,000 siervos, mil jabalíes, 1,000 girafas y otros animales herbívoros (a). Para subvenir á los gastos de los juegos, se imponían pesadas contribuciones de dinero á las provincias, y para tener animales se imponían á la naturaleza. Los gobernadores obligaban á sus administradores á hacer

(a) Plin., 8, 45, 16; c. Solin., 26, Vopise in Prob. Mart. de Spect. 23. etc. etc.

liseo y el arco de Constantino. En la puerta del anfiteatro, por donde entraron tantos héroes cristianos, se ha colocado una placa de mármol que repite la santidad de aquellos lugares bañados con la sangre de nuestros padres. A ejemplo de todos los peregrinos católicos, la besamos con respetuoso amor, pidiendo para nuestros amigos y para nosotros la fe de los mártires.

Nos detuvimos en seguida delante del arco de Constantino, para acabar el estudio de aquel monumento capital. Sus tres arcos abovedados son notables, tanto por la extensión de sus dimensiones, como por la elegancia de su forma. La disposición de los bajo-relieves y de las estatuas es también de un gusto irreprochable. En cuanto á los adornos, unos pertenecen á la mejor época, y otros enuncian la decaden-

cia del arte. Las ocho columnas de mármol precioso, las estatuas, muchos medallones de gran belleza, provienen de los arcos de Trajano y de Marco-Aurelio. Todo lo de inferior trabajo, es contemporáneo del edificio.

Esta mezcla da lugar á una cuestión importante. Si los artistas del siglo IV han tenido bastante gusto para levantar un arco de triunfo, cuyas proporciones y cuya disposición general nada dejan que desear, ¿se puede negarles racionalmente el talento necesario para la escultura, al ménos pasable, en los adornos secundarios? Si lo han tenido, ¿de dónde viene que han empleado piezas de todas hechuras? ¿de dónde viene, sobre todo, que el senado, guardian severo de los monumentos públicos, ha permitido, ha mandado mutilar, los arcos triunfales erigidos á los emperadores, que fueron los ídolos más queridos de los romanos, en honor de un príncipe cuyo imperio medio pagano todavía, más bien aceptaba el poder que lo amaba?—De este hecho anormal, no se encuentra más que una explicación. En el arco de Constantino, como en la mayor parte de las antiguas iglesias de Roma, la Providencia ha querido que los monumentos de los perseguidores mismos suministrasen los materiales de un edificio destinado á perpetuar, de generación en generación, el brillante triunfo del cristianismo y la sustitución milagrosa, una Roma á otra Roma en el imperio eterno del mundo 1.

(a) M. de Champagny, los Césares, t. I, p. 188.

Esta explicación está tanto mejor fundada, cuanto que el senado, tan agradecido como se le supone hácia Constantino, se mostraba todavía muy lejos de participar de su fe religiosa. El arco mismo que levantó en honor de este príncipe, nos da de ello una prueba. Es cierto que para no hacerse odioso, ó ridículo, negando el milagro que había dado el imperio al hijo de

1 Baron, an. 312, t. III, p. 64, n. 56. TOMO I.—25

Constancio, dice el Senado en la inscripción: que *ha vencido al tirano por inspiración de la Divinidad, instinctu divinitatis*. Esta palabra anfibológica es el único homenaje que la verdad arranca á los padres conscriptos. En cuanto á la cruz, emblema mucho más enérgico, no la encontráis en ninguna parte, en el arco de Constantino. Además, no podía hacer el Senado cosa más agradable al emperador, que grabar sobre aquel monumento el signo sagrado á que el vencedor de Maxencio se confesaba deudor de la victoria. Esta omisión, no se escapó al emperador.

«Pero, dice Eusebio, no atreviéndose á herir de frente las preocupaciones del Senado todavía pagano, para indemnizarse, mandó colocar la cruz en la cúspide de un obelisco, levantado por orden suya, en el centro mismo de la ciudad 1.» Honor al génio de Sixto V, que levantó de nuevo el glorioso monolito, en el cual el reconocimiento del primer César cristiano grabó la inscripción siguiente:

HOC SALVTARI SIGNO, VERO FORTITVDINIS
INDICIO CIVITATEM VESTRAM
TIRANNIDIS JUGO LIBERAVI ET
S. P. Q. R.
IN LIBERTATEM VINDICANS, PRISTINÆ
AMPLITUDINI ET SPLENDORI RESTITVI.

«Con este signo saludable, verdadero signo de fortaleza, libérté á vuestra ciudad del yugo de la tiranía, y, vindicando la libertad del Senado y del pueblo romano, les restituí á su antigua gloria y esplendor.»

La ausencia de la cruz en el arco de Constantino, es una indicación preciosa del estado social del imperio en aquella época de transición. El emperador y una parte del pueblo son cristianos; pero el Senado y la alta administración permanecen paga-

1 *Vit. Const.*, lib. I, c. 33.

nos. Se siente uno feliz cuando ve grabar en el mármol esta frase escrita en las cartas de San Pablo: que el Evangelio ha comenzado por los pobres y no por los ricos; por los débiles y no por los fuertes. De este paso lento y difícil del paganismo á la fe, me dió otro testimonio más significativo aún, el arco de Constantino. No sin asombro se lee el título pagano de *Soberano Pontífice: Pont. Max.*, dado en las inscripciones y en las medallas á los primeros emperadores cristianos. Entre otras pruebas, bastará citar la inscripción del puente Céstio, cerca de la isla del Tiber:

DOMINI. NOSTRI. IMPERATORES
CESARES FL. VALENTINIANOS. PIVS. FELIX.
MAXIMVS. VICTOR. AC.
TRIVMF. SEMPER. AVG. PONTIF. MAXIMVS.
.....
.....
FL. VALENS. PIVS. FELIX. MAX. VICTOR.
AC. TRIVMF.
SEMPER, AVG. PONTIF. MAXIMVS.
.....
.....
FL. GRATIANVS. PIVS. FELIX.
MAX. VICTOR. AC.
TRIVMF. SEMPER, AVG. PONTIF. MAXIMVS.
.....
.....
PORTEM. FELICIS. NOMINIS. GRATIANI.
IN. USUM. SENATUS. AC. POPVLI. ROM.
CONSTIVI. DEDICARIQUE. JUSSERUNT.

¿Cuál puede ser la razón de esta extraña costumbre, en la cual, muchos han creído ver un resto de idolatría? Ella está en el hecho indicado más arriba. Augusto, queriendo reunir en su persona el poder supremo, hizo que se le decretara el título de soberano pontífice, sus sucesores tuvieron cuidado de imitarle y como el actual emperador de China, todos ofrecían realmente sacrificios. Partiendo desde Cons-

tantino hasta Graciano, siguieron tomando la investidura del soberano pontificado los señores del mundo.

¿Era todo esto para ejercer sus funciones sacrilegas? De ninguna manera; tomaban este título con el fin de gozar de los derechos civiles que eran anexos á él. Los romanos, que formaron el pueblo más religioso de la antigüedad, no miraban como emperador á aquel que no era al mismo tiempo soberano pontífice. Además, el soberano pontífice tenía un poder demasiado extenso, muy superior al de los cónsules. Podía impedir la reunión de los comicios, ó anular sus deliberaciones, impedir al senado que deliberase, suspender la ejecución de sus decretos, prohibir la declaración de guerra, y también obligar á los cónsules á hacer su dimisión 1. Ahora se ve cuán necesario era este poder pontifical á los emperadores paganos, y por qué quisieron poseerlo. Era tal vez más indispensable á los emperadores cristianos, que colocados en presencia de un senado, de un ejército, de un mundo todavía medio pagano, que soportaba su yugo con pena, y que estaba siempre dispuesto á tomar el menor pretexto para entorpecer el ejercicio de su poder, habrían visto su acción continuamente paralizada, si el poder pontifical hubiera estado en manos extrañas. Una vez cambiadas las circunstancias, renunciaron aquel título ya para ellos inútil 2.

Volviendo al arco de Constantino, se advierten bajo la bóveda del grande arco, dos medallones del emperador, en mármol, bien trabajados; están rodeados de estandartes y acabados con la Victoria, que pone la corona sobre la cabeza del vencedor. En el friso de los dos arcos más

1 Cicer, *De Nat. Deor.*, lib. II; *De Legib.*, lib. II; Tacit., *De Morib. Germ.*; Valer. Max., lib. III; c. 2, 3.

2 Bar., *Sup.*, 71, n. 48.

pequeños, se lee por una parte: *Votis X*, y por otra: *Votis XX*. Nuevo geroglífico que es preciso descifrar. Augusto, imitado más tarde por Napoleón, se hizo dar por los votos del pueblo, el supremo poder de que gozaba ya de hecho; y lo pidió solo por diez años; tanto así parecía que respetaba la libertad romana. Al cabo de diez años se lo hizo renovar por cinco años, luego por otros cinco, y así sucesivamente; de suerte, que el poder le fué concedido toda su vida. Como emperadores perpetuos, los Césares siguieron el ejemplo del divino Augusto 1. Constantino, que lo encontró establecido así, se conformó con él, y la doble inscripción citada arriba atestigua que Constantino recibió el poder del pueblo, por medio de los *votos* ó *sufragios*, por diez y por veinte años. La misma inscripción se encuentra en gran número de medallas imperiales, anteriores y posteriores á la era cristiana. ¡Cuán importante página de la historia nos ofrece el arco de Constantino, tan ligeramente estudiado por los viajeros actuales!

Al entrar en la calle de *San Juan de Letran*, encontramos bien pronto la iglesia de San Clemente. La sencillez de la arquitectura, la modestia, y yo diría también, la humildad de las partes esenciales con las prescripciones apostólicas, la belleza de los mosaicos, los preciosos vestigios de la antigüedad, los recuerdos, las reliquias célebres, toda aquella iglesia in-

1 Merece citarse este pasaje de Dion: "Cæsar quo longius Romanos a suspitione regie potestatis sibi propositæ abducere, imperium in suos decennale suscepit. Et cum primum decennium exivisset, aliud quinquennium, atque eo circum—acto rursus aliud quinquennium: post decennium, ac eo finito, aliud iterum decretum est; illa ut continuatis decenniis per totam vitam summam imperii obtinuerit. Quam ob causam posteriores quoque imperatores, et si non ad certum tempus, sed per omnem vitam spatium iis imperium deferatur, tamen singulis decenniis festum pro ejus renovatione agunt, quod odie etiam fit." Lib. LIII.

teresa al sabio y entenece al cristiano de estos tiempos. Se remonta á los tiempos primitivos, y fué dedicada al papa y mártir San Clemente, discípulo de San Pedro y su tercer sucesor. Con ese instinto de conservación que distingue á los pontífices romanos, Clemente XI la mandó restaurar sin tocar los verdaderos restos de antigüedad de que era depositaria. Gracias le sean dadas, porque se puede asegurar con verdad, que esta basílica es la única en Roma que conserva la antigua estructura.

Edificada según las reglas de las constituciones apostólicas I, presenta la bóveda, *concha*, adornada con un soberbio mosaico; el *presbiterio* forma un espacio semicircular, detrás del altar, destinado al obispo y al clero. Allí veis la cátedra del pontífice, más elevada que las demás; las sillas de los clérigos; el tabernáculo *ciborium*, *tegmen*, *tabernaculum*, sostenido en el aire por cuatro columnas, el *ara* ó mesa de mármol que sirve de altar; en esta mesa, la *confesion* ó lugar en que desecan las reliquias de los mártires; al frente, las *transene*, balaustradas de mármol que sirven de reja para proteger la confesion.

En el coro, *bema*, los ambores, desde donde se anunciaba la palabra divina; los *lectoría*, en que se hacía la lectura de los libros santos, de los que se encuentran tres de mármol. Dos están vueltos hácia el altar; el más pequeño está destinado á la lectura de la epístola, y el más alto á la del evangelio. Cerca de este último está el candelabro, *lapillatum*, esto es, de mármol revestido con embutidos de mosaico. El tercero, vuelto hácia el pueblo, servía para leer las profecías del Antiguo Testamento. Desde los ambores predicábase también las homilias y discursos dirigidos á los fieles 2. Se observa también

1 Lib. II, c. 56.

2 *Hist. Tripartit.*, lib. X.

el *pastophorium*, lugar sagrado en donde se conservaba la santa Eucaristía, como lo indicaba San Paulino; está á la derecha, y sirve hoy de tabernáculo para los santos oleos. A la izquierda estaba un armario destinado á guardar los libros canónicos. San Clemente presenta también la nave antigua, *navis*, y delante de la iglesia el pórtico cuadrangular, *porticus quadripartitus*.

Tales son los principales vestigios de nuestra venerable antigüedad, que se encuentran en aquella modesta basílica. El recuerdo de nuestros padres, que fabricaron con sus manos aquellos objetos, el pensamiento de las generaciones numerosas que los han visto, que los han rodeado, que los han regado con sus lágrimas y perfumado con el incienso de sus oraciones, os recuerdan las bellas edades de la Iglesia, y os sumergen en una religiosa melancolía. Mundo del siglo XIX ¿qué has hecho de la piedad y de la fe de tus padres?

Distraídos un momento por el estudio de la antigüedad, volvimos al pensamiento que había dirigido nuestros pasos. Venerar al glorioso mártir á cuyo triunfo habíamos asistido al anfiteatro; tal era el objeto de nuestra peregrinación. Los huesos de Ignacio, despedazados por los dientes de los leones, descansan bajo el altar mayor con los del papa San Clemente y del ilustre mártir Flavio Clemente, primo de Domiciano, que fué mandado matar por aquel feroz perseguidor. ¡Qué *Credo* tan ferviente se reza en aquel lugar, arrodillado delante de aquel glorioso altar! Faltaban los monumentos escritos para demostrar el culto rendido por la Iglesia primitiva, al mártir, cónsul, y primo de los emperadores Tito y Domiciano. En 1725, una antigua inscripción vino á quitar toda duda á este respecto. Estaba grabada en una tabla de mármol, y fué hallada en la iglesia de San Clemente, bajo el

altar mayor en donde servía para cubrir una pequeña caja de plomo que contenía huesos, cenizas impregnadas de sangre, un vaso de vidrio roto, dos cruces, etc.; y esta inscripción, estaba concebida en estas palabras:

FLAVIUS. CLEM. MTR.

HIC. FELICIT. E. T. V.

«Flavius Clemens martyr, hic feliciter est tumulatus I.»

«Aquí está felizmente dentro de este túmulo, el mártir Flavio Clemente.»

A los nombres de los mártires más ilustres, añade también la basílica, recuerdos igualmente preciosos para el sabio y para el cristiano. Aquí hizo su retractación el herejarca Celestino, en manos del papa Zósimo; aquí San Gregorio Magno predicó muchas de sus bellas homilias; ved ahí el *púlpito* donde subía; pero mirad abajo de la iglesia, á la derecha de la entrada, y leereis la inscripción grabada en aquel mármol incrustado en la pared. Ella refiere, en compendio, la tierna historia que voy á repetir:

En el siglo VI, vivía en Roma un santo mendicante llamado Sérvulo. Parálitico desde su infancia, no podía ni estar sentado, ni en pié, ni llevar su mano á la boca, ni voltearse en su pobre lecho. Dos ángeles de caridad velaban por él: eran su hermana y su madre. Todas las mañanas le llevaban al atrio de la iglesia de San Clemente. Sus enfermedades le atraían numerosas limosnas; pero el virtuoso parálitico, contentándose con tomar lo estrictamente necesario, daba á otros pobres lo que excedía á sus necesidades del día. Modelo angélico de paciencia y de dul-

1 Véase Memorias relativas á la hist. ecl., por M. de Greppo, p. 178.—Esta inscripción contiene una tercera línea que ha dado mucho que hacer á los sabios. Véase Zaccaria, *Dissert.*, etc.

ra, era querido y admirado de los fieles que se detenían voluntariamente á conversar con él. «En nombre de Jesucristo, les decía, dad limosna á mi alma.» Y por caridad le leían algunos capítulos de libros santos. Escuchaba con tanta atención, que llegó á aprender de memoria toda la Escritura. Una vez en posesión de este rico tesoro, pasaba su tiempo en cantar alabanzas á Dios. Sus sufrimientos, lejos de distraerle, aumentaban su fervor y hacían más penetrantes y suaves los acentos de su voz. Un día que estaba, según costumbre, acostado en su lecho bajo el pórtico de San Clemente, conoció que se acercaba su fin: «Hermanos míos, dijo á los pobres y á los peregrinos que según costumbre estaban allí; orad y cantad conmigo.» Y unió su voz moribunda á aquel piadoso concierto. «Callaos, hermanos míos, exclamó á poco, callaos; ¿no oís esa dulce melodía que resuena en los cielos?» Al decir estas palabras, espiró; su alma bienaventurada, comenzaba con los ángeles el cántico eterno 1.

Al salir de San Clemente, una lluvia verdaderamente romana vino á asaltarnos, y á hacer imposible en el resto del día las excursiones largas. Tomé entonces, según mi costumbre, el camino de las bibliotecas. Ya lo he dicho; para conocer á Roma, conviene estudiarla en los monumentos y en los libros. Roma es, entre todas las ciudades del mundo, la más rica en bibliotecas; y esas bibliotecas, en sí mismas, encierran manuscritos y obras que inútilmente se buscarían en otra parte. ¿Quién no conoce todas las riquezas que el sabio cardenal Maii, ha sacado recientemente del Vaticano? La biblioteca Passionei, las de la Minerva y de la Propaganda, eran mis galerías ordinarias, y esta vez las en-

1 San Gregorio Magno hizo el elogio de este bienaventurado parálitico. Homil. XV. in *Evang.*, et *Dialog.*, lib. IV, c. 14.